



Historia de aprendizaje de Canadá: «Hacer un discurso»



(10 minutos)

El pedagogo lee en voz alta:

«Hacer un discurso»

«Vicky tiene 10 años. Es una niña pequeña y muy tímida. En la escuela, casi nunca pide el turno de palabra, y no porque no tenga ideas o no haya aprendido, sino porque no le gusta hablar delante de los demás. Pero hay una excepción: el tiempo de lectura. En las escuelas canadienses hay tiempo de lectura periódicamente y a Vicky se le da muy bien. Le encanta leer en voz alta y dar vida a las líneas de texto con su voz. Sobre todo, le encanta hacer de narradora en las historias con varios papeles. Con su voz, Vicky es capaz de transportar a toda su clase a un estado concreto, hacer que una historia sea emocionante, triste o muy divertida. Cuando la señorita Laskin, su profesora de inglés, la llamó durante la clase y le preguntó si le gustaría hacer el discurso del Día de Conmemoración (Remembrance Day) al cabo de cinco semanas, Vicky se puso muy contenta. La señorita Laskin sabía que Vicky leía muy bien en voz alta. Pero cuando la profesora le dijo que asistirían unas 300 personas, Vicky se atragantó. Sin embargo, la profesora le explicó que tendría que leer un discurso y una plegaria para el discurso de apertura, y Vicky se sintió muy halagada. Dudó un poco, pero aceptó, porque sabía una cosa: leer en voz alta, eso siempre es igual.

No obstante, el shock llegó tres semanas antes de la ceremonia, cuando la señorita Laskin, casi por casualidad, mencionó que los discursos no se tenían que leer, sino pronunciarse sin papel. Vicky entró en pánico; sabía leer, pero no hacer una presentación sin papel. ¿Sería realmente capaz de hacerlo? Respiró profundamente: se trataba de un reto importante, pero también de un gran honor. Vicky pensó qué podía hacer. Una opción era aprendérselo de memoria. Si dominaba con seguridad cada palabra, tenía que salirle bien. Pasó las dos semanas siguientes con papeles en la mano y murmurando para sí. Durante el desayuno, en el autobús hacia la escuela, en el recreo y antes de irse a dormir leía el texto una y otra vez. Incluso con la luz apagada seguía murmurando el texto para sí hasta dormirse.

Si bien durante la primera semana tenía que mirar el papel una y otra vez, en la segunda semana casi podía prescindir de él. Le resultaba difícil no tenerlo en la mano y echar un vistazo de vez en cuando, pero con el tiempo la cosa mejoró. Cuanto más segura estaba, mejor le salía. Incluso podía modular la entonación de vez en cuando y hacer el discurso más interesante con gestos y pausas premeditados. Entonces, decidió hacer un paso más: se puso delante del espejo, sin papel en la mano. Al principio no fue fácil y tras unas cuantas palabras, se iba corriendo a su habitación para coger el papel y ver qué tenía que decir. Pero a medida que lo repetía, cada vez era más fácil. Al final le acabó gustando mucho su presencia y su discurso.

El lunes de la semana de la celebración, Vicky se reunió con la profesora. Por fin podía mostrarle todo lo que había ensayado. Vicky empezó con el discurso inaugural. La primera frase, superada; la segunda, sin titubeos; su voz era casi ya normal. Miró a la señorita Laskin, que la había escuchado atentamente y, entonces, ocurrió: su mente se quedó en blanco. Ni una palabra, solo vacío. Vicky se puso roja y empezó a sentir miedo. «¿Cómo me puede haber pasado esto?», se preguntaba. «¿Qué pensará la señorita Laskin?». Cuanto más dudaba Vicky de sí misma, más difícil le resultaba acordarse de las palabras. ¡Ojalá tuviera el papel! ¡Allí estaba todo escrito! Empezó a llorar.

Pero, para su sorpresa, la señorita Laskin no estaba enfadada ni decepcionada, sino que la miraba con una agradable sonrisa. Confusa, Vicky admitió que se le había olvidado todo y aseguró que había ensayado mucho, de verdad.

Con una voz tranquilizadora, la señorita Laskin le dijo que este era precisamente el motivo de practicar. Solo le faltaba hablar delante de alguien; era un paso más para dominar su discurso. A Vicky no se le había ocurrido. Quería ser perfecta y de inmediato pero, claro, para aprender a nadar o a ir en bicicleta había primero que aprender e ir avanzando poco a poco para ganar seguridad. Así que retomó su discurso. El poema y la plegaria le salieron casi con fluidez. Empezó por el principio y cuando se sentía insegura y no sabía muy bien cómo continuar, miraba el rostro sonriente de la señorita Laskin. En sus ojos había algo tranquilizador. Cuando Vicky se tranquilizó le volvieron las palabras. Así practicaron todos los días y cada vez Vicky se sentía más segura y lo hacía mejor.

Finalmente, llegó el día de la gran celebración. Todos estaban ahí: 300 personas e invitados de honor, que ocupaban las primeras filas. Si pidió a Vicky que subiera al atril. Todas las miradas se dirigieron a ella mientras tomaba posición detrás del atril. Sintió miedo, pero entonces se acordó de mirar a la señorita Laskin. ¿Dónde estaba? Sus ojos buscaron desesperados a la señorita Laskin hasta que lograron encontrarla. Pero la señorita Laskin estaba sentada con un grupo de alumnos que no paraban quietos y no podía mirar a Vicky todo el rato. Vicky necesitaba esos ojos. Cogió aire y miró nerviosa al suelo. Entonces, se produjo un milagro. Miró al público y, de repente, todos los ojos se convirtieron en los ojos de la señorita Laskin. Vicky empezó su discurso: Pronunció la primera frase sin errores, la segunda también. El discurso entero fue un éxito. Todos los miembros del público se emocionaron y lloraban de orgullo, sobre todo cuando Vicky leyó el poema como solo ella sabía hacer, y acabó llorando de felicidad con el público».